

*LA DOLCE VITA*



Luis Antonio de Villena

*LA DOLCE VITA*

Breve diccionario sentimental  
de Italia

**fórcola**  
**Periplos**

## Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

*Corso Rinascimento 42, Roma.* © Ignacio Peyró, 2022

© Luis Antonio de Villena, 2023

© Fórcola Ediciones, 2023

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

Depósito legal: M-6636-2023

ISBN: 978-84-16247-07-3

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

DESDE MUY JOVENCITO he sentido atracción por Italia y lo italiano. Por eso comencé a aprender la lengua –1969– muy poco antes de empezar, con más amplio aliento dentro de Filología Románica, las asignaturas de italiano, lengua y literatura. Entonces la mayoría de los alumnos escogía como segunda lengua el francés, pero como yo lo conocía desde pequeño, me fui al italiano –recuerdo que éramos cinco alumnos, de los cuales tres chicas–, pero con el empuje además de la seducción o atracción que he dicho al inicio. Italia era el país de Roma (de la Roma clásica, antigua) y el país del Arte. Supongo que eso, como a los ingleses que vivían en Florencia a finales del siglo XIX, me encantaba. Pienso en Vernon Lee, escritora notable, florentina de adopción, lesbiana y fascinada por las artes de Italia. La literatura venía inmediata, y para mí también el cine: vivían y trabajaban Fellini, Pasolini y Visconti, que era mi preferido. Me gustaba el dicho: «*L'inglese italianato è il diavolo incarnato*» («El inglés italianizado es el diablo encarnado»). Porque muchos estetas llevaban sus deseos e inclinaciones sexuales a aquella Italia, entonces permisiva. Ahora, ¡ay! (secuelas aún de la torpe Democrazia Cristiana), mucho menos.

En mis vacaciones estivales, todavía con mi familia, sin buscarlo ni pensarlo, terminaba siempre hablando con italianos. Y aprendía. Recuerdo –1973– a una encantadora familia de Treviso. La señora, alta, esbelta y muy cordial, había sido *indossatrice*, modelo femenina. Me regaló *Tutte le poesie* de Sandro Penna. Viajé a Italia por primera vez,

durante casi un mes, en marzo de 1970. Era un viaje universitario en un viejo autobús, que hoy semejaría imposible. Me sentí enseguida como en casa y en Venecia (muchos de mis compañeros poetas nuevos no la conocían, aunque nos decían «venecianos») llegué a ver, viejo y silente, a Ezra Pound. Fue el primero de muchos, muchísimos viajes italianos, durante esa década. En Florencia compré casi toda la obra de Salvatore Quasimodo. En Roma, me sorprendió que me dieran carne en el hotel un Viernes Santo. Yo ya no era católico, así que comí. A menudo me decían algo –era menos bullanguero que mis compañeros de viaje– que me agradaba y no, aún no nos habíamos desprendido de la imagen de la España de Franco, «*lui non sembra spagnuolo*» («No parece español»). ¿Por qué me lo dirían tantas veces? Me compré una preciosa corbata rosa. En Italia no era rara, en España todavía sí. En mi primer libro de lecturas italianas en la Universidad (con el profesor Giulio Spadafora) recuerdo el texto de entrada, de tono anticuado, que me sorprendió en su sencillez prologal: «*Le lingue italiana e spagnola sono due bellissime sorelle*» («La lengua italiana y la española son dos bellísimas hermanas»). ¿Por qué no?

El lector, muy obviamente, no debe buscar en este diccionario personal una suerte de enciclopedia de cultura italiana, que requeriría varios tomos y no es mi propósito. Debe leerse como un ensayo ameno, hecho de entradas que siguen un orden alfabético y que quiere componer una invitación a la cultura de Italia. Recoge mis propios gustos, y por supuesto hay ausencias porque es una opción y no un catálogo. En realidad, lograría mi básico intento si quien lee, llega a realizar su propio diccionario a partir del mío, sumando y restando. Como digo, una invitación personal a la enorme cultura de Italia. Dentro, pues, de las ausencias inevitables (y con los límites dichos) las hay voluntarias, obras o autores que me resultan más ajenos,

e involuntarias, los que podrían haber estado (Ludovico Ariosto, digamos) y no están por meros azares de espacio y escritura. Utilizo como título *La dolce vita*, una locución que se ha hecho popular a partir de la película de Federico Fellini de 1960, que considero maravillosa, aunque la vi mucho después. Y curiosamente Fellini –aunque citado– no está en las entradas. Federico Fellini (1920-1993) ha sido, entre los grandes directores de cine italianos, uno de los que menos me ha llegado, pareciéndome magnífico. Se trata de un gran creador, menos actuante por lo general en mi propia química. Puedo decir que sí me conmovió *Amarcord* (1973), un filme lírico de recuerdos vívidos, muy lejano –creo– del gusto cinematográfico actual. En cambio, no puedo decir lo mismo de *Casanova* (1976), pese a ser muy original, y se trata de películas que vi en su momento y he vuelto a ver. Pero me encantó *Satyricon* (1969), espléndida versión de la novela clásica de Petronio, donde Fellini recrea el mundo romano del siglo I (probablemente los alrededores de Nápoles) sin acudir –y es mucho más creíble– a los estereotipos del cine péplum. Y me fascinó, lo he dicho, *La dolce vita* –gozne entre neorrealismo y simbolismo–, y desde luego no sólo por la famosa escena de la opulenta Anita Ekberg bajo los chorros de la Fontana de Trevi. (Por supuesto, incluso en 1970, aquella via Veneto ya no era igual.) Recuerdo una declaración de Fellini –de la época de *Satyricon*– en la que decía: «Estoy voluptuosamente abierto a todo». Sirva este caso –mero ejemplo– para justificar una noble ausencia.

Invitación, pues, a la gran cultura de Italia. Nada más, pero no es poco. Y aunque también se citan aquí y allá, no debo terminar sin una mención a aquellas actrices italianas de los sesenta –en su cenit– llenas de sensualidad, algunas grandes intérpretes y otras menos, que fueron la feminidad que me gustaba siendo muy joven: desde Sophia Loren (tan napolitana al comienzo) o Gina Lollobrigida, peor

actriz pero muy guapa, hasta Virna Lisi u Ornella Muti, tan sexual. Sin olvidar a la preciosa –y notable– Claudia Cardinale.

Este diccionario personal se ha ido haciendo, con pasión, en los dos últimos años. La cultura italiana es tan rica que un libro como este sólo puede ser una introducción fervorosa y por ello, con luces y sombras, una declaración de amor. *Intender non lo può chi non lo prova.*

***La dolce vita***



## *Adivinanza veronesa*

LA *Adivinanza veronesa* (en italiano, *Indovinello veronese*) se considera el primer texto, apenas unas líneas, escrito en una lengua romance. En Italia se tiene como el inicio escrito de la lengua italiana, pero si pensamos en el toscano, apenas lo contiene. En 1924 se descubrió en un archivo de Verona un antiguo pergamino, básicamente en latín, en el que un copista o amanuense había trazado al margen unas líneas que son una adivinanza –algo no raro en la Baja Latinidad– sobre la escritura. El monje compara sus manos a bueyes arando una página blanca y sembrando en ella la negra semilla de la tinta. El pergamino no estaría del todo en blanco y muy posiblemente se trata de una *probatio pennae*, es decir, una prueba de pluma o de cálamo, unas líneas que el amanuense escribe para probar el tipo de letra que usa o el buen funcionamiento de la péñola. El breve texto es de finales del siglo VIII o muy principios del IX. El códice procede de España –de Toledo más probablemente–, de donde saldría poco después del año 730. Pasó por Cagliari y Pisa y terminó hacia el 790 en Verona, y allí fue donde un copista veronés trazó la adivinanza. Hay claros rasgos de dialecto local: los imperfectos de indicativo terminan en «aba» y se usa una palabra veronesa, *versorio*, en lugar de «arado», *aratro* en italiano. El texto va así:

*Se pareba boves  
alba pratalia araba  
et albo versorio teneba  
et negro semen seminaba.*

Un italiano actual requiere la traducción tanto o más que nosotros. Es esta:

Delante de sí guiaba a los bueyes  
araba un prado blanco  
y tenía un blanco arado  
y negro semen sembraba.

La semilla negra es la tinta y los bueyes, los dedos; el prado blanco, el pergamino, la página; y el arado, el cálamo... Después de esas líneas –escrita por otra mano– hay una frase en latín: «*Gratias tibi agimus omnipotens sempiternae Deus*» («Te damos gracias, Dios omnipotente y eterno»).

(Los inicios del francés y el español, o de lenguas romances en ambos países, Francia y España, los *Juramentos de Estrasburgo* y las *Glosas Emilianenses*, son asimismo anotaciones marginales de un monje que copia otro texto en latín y se le escapa su hablar –que no es ya latín– como en la *Adivinanza veronesa*.)

#### LECTURAS

*Glosas Emilianenses*. Edición de Juan Ángel Nieto Viguera. León, Edilesa, 2007.